

de otra suerte habría temido que él creyese que yo no decía lo que pensaba).

La princesa se rió de nuevo con su risa que parecía afectada y que era sin embargo natural.

—Pues si hemos de creerle á él,—dijo,—es V. un pequeño monstruo de perfecciones.

—Monstruo de perfecciones,—pensé,—la cosa cambia de especie; es una frase que no hay que olvidar.

—Por lo demás, sin hablar de V., Dimitri ha llegado á ser maestro en el arte de descubrir perfecciones,—añadió bajando la voz (cosa que me agradó mucho) é indicando con los ojos á Liubov Sergueievna.

—Ha llegado á descubrir algunas en mi *pobre tía* (así es como designaban entre ellas á Liubov) y que en verdad yo no sospechaba á pesar de que la conozco hace veinte años y con ella al perrito.

—Varia, ve á decir que me traigan un vaso de agua,—continuó lanzando otra ojeada en torno suyo. Sin duda había reflexionado que aún era demasiado pronto para iniciarme en los misterios de su familia ó bien que era del todo inútil tomarse este trabajo.—O si no déjalo, irá él que no hace nada mientras lees. Vaya V. amigo mío, siempre derecho, y cuando haya V. andado quince pasos, se detendrá V. y dirá en alta voz: «Pedro, lleva un vaso de agua helada á María Ivanovna».

Se rió de nuevo con su acostumbrada afectación.—«Sin duda habla de mí,—pensé al salir.—Quiere decir que me ha juzgado muy inteligente.»

Aún no había dado quince pasos cuando Sofia Ivanovna me alcanzó medio jadeante. Aunque estaba tan gruesa andaba aprisa y con paso ligero.

—Gracias, querido mío—dijo.—Voy por ese lado y haré yo el encargo.

CAPITULO LXV

Tres especies de amor

Sofia Ivanovna, á quien acabé de conocer más tarde,

era una de aquellas raras solteronas nacidas para la vida de familia, á las que el destino ha rehusado esta merced y que en cierto momento de su vida se deciden á consagrar al elegido de su corazón toda aquella ternura que han acumulado durante tantos y tantos años, en previsión del marido y de los niños á que al fin han tenido que renunciar. Esta ternura es tesoro inagotable en ellas, pues por más numerosas que sean las personas elegidas todavía les queda algún afecto para todos los seres buenos ó malos que encuentran en la vida.

Hay tres especies de amor: 1.º El amor elegante; 2.º el amor devoto, 3.º el amor activo.

No considero aquí el amor de un joven por una muchacha ó viceversa, porque este amor me asusta. He sido bastante desgraciado en mi vida para no haber encontrado en él ni una sola partícula de verdad. No he visto en él mas que mentiras, en que el sentimiento propiamente dicho está tan enlazado con las cuestiones de orden fisiológico, con las relaciones conyugales y la cuestión de fortuna que es imposible encontrar ni rastro de él.

Quiero hablar aquí del amor de toda criatura humana hacia las demás criaturas; del amor que según la mayor ó menor fuerza del alma se concentra en un solo individuo, se divide entre varias personas ó se aplica á todos; hablo del amor á la madre, al padre, á los hermanos, á los hijos, á los amigos ó amigas, á los conciudadanos; en una palabra, del amor á la humanidad.

El amor elegante consiste en someterse á la belleza del sentimiento y en deleitarse en esta manifestación. Para las personas que aman así, el objeto amado no es tal si no en tanto que despierta un sentimiento agradable que nos proporciona un goce. A tales personas les importa muy poco el ser amadas, no ejerciendo esta circunstancia ninguna influencia en la belleza y el encanto de la pasión propia.

Cambian con frecuencia de objeto de amor porque su único fin es tener siempre despierto en sí mismos el sen-

timiento placentero del cariño. Para conseguirlo, hablan de su amor, del modo más diverso, al objeto de su pasión y á todos en general, aún á los menos interesados. En mi país, las personas de cierta clase que aman *elegantemente* no se contentan ni aún con hablar de su pasión á todo el mundo; es preciso que lo digan en francés. Es ridículo y pueril, pero estoy convencido de que han existido y existen aún, entre los individuos de cierta clase, muchos, y en especial mujeres, en los que el amor á sus amigos, á sus maridos y sus hijos dejaría de ser el día en que quedase prohibido expresarlo en francés.

La segunda especie de amor es el *amor devoto*, que consiste en sacrificarse por la persona amada no cuidándose de averiguar si realmente le prestamos un servicio ó no. Se puede formular de este modo: «No hay dolor que yo no sea capaz de soportar para probar al mundo entero y á *el* (ó á *ella*) cuanto le quiero.» Las personas que aman de este modo no aspiran á ser recompensadas, porque es mucho más bello de lo que parece el sacrificarse por otro. Casi siempre se trata de personas enfermizas, circunstancia que hace más meritorio su sacrificio: son por lo general constantes porque sería doloroso para ellas perder el mérito de los sacrificios hechos por el objeto amado. Siempre están dispuestas á morir para demostrar su abnegación, en tanto que desprecian las pequeñas pruebas de afecto que no exigen una devoción peculiar.

Podéis haber comido ó dormido bien ó mal; podéis estar bien ó mal de salud; podéis estar tristes ó gozosos, y en este caso se mantienen indiferentes; no moverán ni un solo dedo para seros útiles. Pedidles sólo que se expongan á recibir un balazo para proteger vuestra vida ó que se arrojen al agua ó al fuego por salvaros, ó exigidles que mueran de amor por vosotros, y veréis como se prestan al sacrificio. Para esto siempre las encontraréis dispuestas, apenas se les presente una ocasión. Es más; estas personas se muestran orgullosas de su amor, exigentes, celosas, desconfia-

das; desean mil peligros al objeto amado para tener el placer de salvarle y de consolarle y hasta le buscan defectos para tener el gusto de corregirlos.

Supongamos que habitáis en el campo y vivís en compañía de una mujer que os ama con esa especie de amor devoto. Estáis bien; estáis tranquilo; tenéis ocupaciones que os agradan; vuestra esposa querida está muy delicada, no puede ocuparse del gobierno de la casa, que ha caído en manos de la servidumbre, ni de los hijos que están dirigidos por sus ayos, ni denada que le guste porque nada le interesa fuera de su marido. Se ve que sufre, pero no habla de sus dolores por no afligiros, se ve que se fastidia pero se encuentra pronta á fastidiarse toda la vida por vuestro amor; se ve que se mortifica cuando estáis absorto en vuestro trabajo ó en vuestros negocios, cualesquiera que sean, la casa, ó la lectura, la agricultura, ó algún servicio público. Sabe que vuestras ocupaciones os matan, pero calla y sufre. Enfermáis; entonces vuestra afectuosa cónyuge olvida sus propios males y no abandona ni un momento la cabecera de vuestro lecho. Por más que le roguéis que no se moleste, no se irá y sentiréis siempre fija en vosotros la mirada compasiva que os dice: «¡Te lo anuncié! pero no importa; no te dejaré solo un minuto.

Una mañana os sentís algo mejor y queréis pasar á otro aposento, pero este otro aposento no está arreglado, ni calentado, ni es habitable. Lo único que os es permitido comer, la sopa, no está preparada y vuestra diligente esposa se ha olvidado igualmente de ir á buscar ó daros vuestras medicinas. En cambio, vuestra afectuosa mujer que ya no puede más, por haber pasado algunas noches velando por vosotros, sigue mirándoos con gesto compasivo, caminando de puntillas y dando á los criados órdenes tan contradictorias, que en la casa nadie sabe qué hacer ni á qué santo encomendarse.

Tenéis deseos de leer; vuestra tierna esposa os dice suspirando que sabe bien que no la escucharéis y que os irri-

taréis contra ella,—cosa á que está habituada,—y que lo mejor sería que no leyérais.

Deseáis pasear por la habitación; mejor haríais en estar sentado. Queréis charlar con un amigo que ha venido á buscaros; lo mejor sería que no pronunciárais una sola palabra.

A la noche siguiente os da otra vez la fiebre. Querriais dormir, pero vuestra amante esposa más pálida y más delgada aún, está sentada delante de vosotros en una butaca y á cada instante lanza un suspiro. La veis á la luz de la lámpara y sus pausados movimientos y el leve rumor que produce al agitarse os atacan los nervios, os irritan.

Tenéis un criado que os sirve hace más de veinte años, al que os habéis acostumbrado, que os cuida muy bien y con toda su alma porque está seguro de una recompensa, pero vuestra tierna esposa no le consiente nada; ella quiere cuidaros sola con sus manos delicadas, que no sirven para el trabajo.

No podéis menos de seguir con la mirada, llenos de sorda irritación, sus blancos dedos que se esfuerzan inútilmente en destapar un frasco ó en apagar un quinqué ó en echar á un vaso vuestra poción ó en acomodaros en vuestro lecho. Si os manifestáis algo inquietos y enojados y le suplicáis que se vaya á descansar, ella lo hará humildemente al notar vuestra excitación nerviosa, pero la oiréis llorar tras de la puerta y encargar cosas absurdas á los criados. Al fin salís con bien de vuestra enfermedad; vuestra fiel esposa, que ha pasado veinte noches sin dormir y que os recuerda durante todo el día, cae á su vez enferma. Empieza á toser, sufre mucho, se vuelve aún más incapaz de ocuparse en los asuntos domésticos y mientras vosotros volvéis al estado normal, os prueba que se ha sacrificado y se sacrifica por vosotros extinguiéndose dulcemente. Sin quererlo, su tedio se trasmite á cuantos la rodean, y aún á vosotros mismos.

El tercer amor, *el amor activo*, consiste en desear ardien-

temente la satisfacción de todas las necesidades, deseos y caprichos (hasta los reprobables) de la persona amada. Las personas que aman de este modo aman siempre y toda la vida, porque cuanto más viva es su pasión y mejor conocen al objeto de su amor, tanto más fácil les es amarlo, ó en otros términos, satisfacer sus deseos.

Su afecto se expresa pocas veces por medio de palabras y cuando hablan de él, no sólo lo hacen sin elocuencia mostrándose poco satisfechas de sí mismas, sino que se muestran tímidas, desgarradas, porque temen siempre no amar lo suficiente. Hasta los defectos de la persona amada les son queridos, pues les proporcionan más deseos que satisfacer. Estas personas quieren ser amadas y en caso necesario se convencen fácilmente de que lo son. Si su convicción es verdadera son felices; si no, aman igualmente, y no sólo desean la felicidad de la persona amada, sino que cooperan á ella sin descanso por todos los medios de que pueden disponer, grandes ó pequeños, materiales ó morales.

Este amor era cabalmente el que se leía en los ojos de Sofía Ivanovna, en todos sus movimientos, en cada una de sus palabras; amor que recaía en sus sobrinos, en su hermana, en Liubov Sergueievna y hasta en mí, por ser amado de Dmitri.

Sólo más tarde pude apreciar á Sofía Ivanovna en proporción de sus méritos, pero desde el día en que la ví por vez primera me dirigí esta pregunta: «¿Por qué Dmitri, que se esfuerza en comprender el amor de un modo completamente diverso que los demás jóvenes, y que tiene constantemente á la vista esta buena mujer tan afectuosa, por qué, digo, se limita á reconocer en ella sólo algunas buenas cualidades, mientras que se halla fascinado por esa extraordinaria mujer, por Liubov Sergueievna? Dice bien el proverbio: Nadie es profeta en su patria. Una de dos; en todo hombre, el lado malo es superior realmente al bueno, ó el in-

dividuo se siente atraído mejor hacia lo mal que hacia el bien. Y no hacia mucho tiempo que Dmitri conocía á Liubov Sergueievna, en tanto que estaba acostumbrado desde su nacimiento al afecto de su tía.

CAPITULO LXVI

Donde se afianza mi amistad con Dmitri

Cuando volví á la galería, no hablaban de mí como había supuesto. Vareneka había dejado el libro y disputaba con Dmitri, que se paseaba de un lado á otro, arreglándose la corbata con su peculiar movimiento del cuello y frunciendo las cejas. El motivo de esta discusión era Ivan Iacovlevitch y la superstición, pero los dos hermanos estaban demasiado excitados para que no se pudiese suponer que en el fondo se trataba de un asunto mucho más íntimo de la familia. La princesa y Liubov Sergueievna callaban, sin perder no obstante una palabra de lo que se decía y mostraban abiertamente á veces el deseo de tomar parte en la cuestión, pero se contenían porque se fiaban la una de Vareneka y la otra de Dmitri. De la mirada que me lanzó Vareneka cuando entré, deduje que absorba por completo en su discusión no se preocupaba en lo más mínimo de mi presencia. Y la mirada de la princesa, que participaba abiertamente de la opinión de su hija, tuvo el mismo aire indiferente. Dmitri en cambio se espresaba más vivamente desde que notó mi presencia, y Liubov dijo con timidez sin dirigirse abiertamente á nadie: «Nuestros viejos tienen razón: ¡Si la juventud supiese y si la vejez pudiese!»

Esta máxima no cortó la discusión y no surtió más efecto que el de hacerme comprender que Dmitri y Liubov Sergueievna no tenían razón. Al principio sentí cierto embarazo á la vista de esta escena de familia, pero por otro lado me agradaba conocer un tanto á fondo las verdaderas

relaciones que existían entre ellos, convencido por otro lado de que mi presencia no les molestaba.

¡Cuántas veces sucede que frecuentáis años enteros una casa en que el velo falaz de la decencia os oculta las verdaderas relaciones que existen entre los miembros de la familia!

He notado también que cuanto más tupido es el velo y más bello exteriormente, más grosera es la realidad que se esconde tras él. Basta que por azar se comience una discusión inesperada y en la apariencia insignificante, para que sin causa evidente la cuestión se envenene, se agrie, rasgando el velo de la decencia y manifestándose patentes de pronto las verdaderas relaciones de la familia en toda su rudeza, con terror de los contendientes mismos y con asombro de los demás. El velo no cubre ya nada, ondea inútilmente entre los adversarios y no sirve más que para recordarles cuanto tiempo os han engañado tras él. A menudo sucede que se siente menos dolor cuando se da con la cabeza en una pared, que al tocarse ligeramente una llaga viva. No hay familia casi que no tenga un punto sensible, y este era en casa de Nekliudof la extraña pasión de Dmitri por Liubov Sergueievna. Su madre y su hermana estaban celosas, heridas en sus afectos de familia y esto era lo que daba á la disputa sobre Ivan Iacovlevitch un significado verdaderamente serio para ellos.

—Pretendes siempre descubrir un rasgo admirable en aquello que es para los demás ó ridículo ó digno de desprecio,—decía Vareneka con su voz sonora articulando claramente cada sílaba.

—Ante todo,—respondió Dmitri inclinando la cabeza del lado opuesto á su hermana,—te afirmo que sólo un bribón podría hablar con desprecio de un hombre tan respetable como Ivan Iacovlevitch.

En segundo lugar, tú, con propósito deliberado, cierras los ojos para no ver lo bueno, la claridad que te ciega.

En esto entró Sofía Ivanovna, que miró con timidez á sus dos sobrinos y después á mí; suspiró profundamente dos veces, abriendo la boca como si hablara para sí.

—Te suplico Varia que sigas tu lectura,—le dijo dándole el libro y tocándole el brazo con ademán afectuoso.— ¡Deseo tanto saber si él la ha encontrado ya!

Continuó la lectura. Esta pequeña escena no había turbado para nada la paz y la armonía que reinaban en aquella reunión de señoras. Miré á Vareneka mientras leía y me dije que no era tan fea como me parsciera al principio.

—¡Qué lástima que esté enamorado,—pensé,—y que Vareneka no sea Sonia! ¡Qué bello sería formar parte de esta familia, en donde encontraría de una vez una madre, una tía y una esposa!

Entre tanto miraba fijamente á Vareneka con la idea de magnetizarla, obligándola á mirarme. Levantó en efecto la cabeza del libro, y al encontrarse su mirada con la mía se volvió á otro lado.

—No escampa todavía,—dijo.

Sentí de pronto una estraña impresión. Me pareció que todo cuanto me ocurría en aquel momento era una repetición de lo que ya me había ocurrido en otra ocasión; entonces, como hoy, llovía; el sol declinaba tras los abedules, *Ella* leía, yo al mirarla la magnetizaba; ella levantaba los ojos...

—¿Sería quizá ella... *Ella*?—pensé.—¿Comienza aquí ese gran acontecimiento?...

Decidí que Varia no era *Ella* y que el *gran suceso* no había llegado aún.

—Ante todo,—decía entre mí,—Vareneka es fea, no es más que una señorita que he conocido del modo más natural. *Ella* en cambio no será una mujer vulgar y la encontraré en lugar preeminente y en circunstancias extraordinarias. Esta familia me es simpática porque no he conocido aún otras, pero es probable que haya muchí-

simas [como esta, que conoceré en el transcurso de mi vida.

Aquella misma noche, á la hora de acostarnos, Dmitri dió muchos puñetazos en la cabeza á su criadito porque no comprendió lo que le decía. El criado salió corriendo, y Dmitri, que le había perseguido hasta la puerta, se detuvo, volvió sus ojos hacia mí y la expresión iracunda y cruel que había tomado por un momento su fisonomía, se transformó en dulzura y vergüenza infantiles. Se fué á la cama, apoyó el codo sobre la almohada, sosteniendo la cabeza con la mano y me miró afectuosamente con lágrimas en los ojos.

—¡Ah, Nicolás, amigo mío!—dijo.—Ya conozco cuán malo soy y Dios sabe cuanto le pido que me mejore; ¿pero qué puedo hacer si tengo un carácter malévoló y detestable? Trato de contenerme, de corregirme, pero no se consigue esto de un solo golpe, es preciso que alguien nos dé ejemplo. Liubov Sergueievna me comprende y me ha servido de mucho, tanto que, según he visto en mi libro de memorias, he hecho muchos progresos en un año. ¡Ah Nicolás! ¡alma mía!—continuó con amabilidad insólita pero en tono más sereno, como si esta confesión le hubiese ocasionado un gran bien.—¡Es tan preciosa la influencia de una mujer como ella! ¡Dios mío! ¡que bella será mi vida cuando, al alcanzar mi independencia, posea una amiga como ella! Me convertiré en un hombre distinto.

Y Dmitri me habló de sus planes de matrimonio, de vivir en el campo, trabajando sin cesar en su perfeccionamiento...

—Viviré en el campo,—decía,—y tu vendrás á verme. Acaso te hayas casado con Sonia y nuestros hijos jugarán juntos. Parecen cosas ridículas y tontas, y sin embargo se realizarán.

—¡Puede ser!—dije, sonriendo y pensando que sería mejor que yo me casara con su hermana.

—¿No sabes?—continuó después de un momento de si-

lencio.—Crees que estás enamorado de Sonia y yo pienso que es una tontería, porque tú ignoras aún lo que es amar de veras.

No le respondí, porque se me figuró que participaba yo mismo de este parecer suyo. Hubo un breve silencio.

—Ayer notaste con seguridad que estaba de muy mal humor y que disputé neciamente con Varia. Mira, lo he sentido después muchísimo, especialmente porque estabas tú presente. Es una buena muchacha; ya te convencerás cuando la conozcas mejor.

Este modo de pasar de la idea de que yo no estaba enamorado al elogio de su hermana, me proporcionó un gran placer y me hizo ruborizarme, pero no le dije nada absolutamente sobre Vareneka y continuamos cada uno desde su cama charlando de mil cosas.

El gallo había cantado ya dos veces, rayaba la aurora y aún continuábamos nuestras confidencias. Al fin Dmitri apagó la luz.

—Ya es hora de dormir,—dijo.

—Sí. Una palabra más.

—¿Qué quieres?

—¡Es muy hermosa la vida!

—Sí, muy hermosa,—respondió con acento tal, que me pareció ver en la obscuridad la expresión gozosa y acariciadora de su ojos y su sonrisa infantil.

CAPITULO LXVII

En el campo

Al día siguiente marché con Volodia para el campo. Durante el viaje no hice más que pensar en mis recuerdos de Moscou, y sólo por la noche, en el quinto relevo de caballos, comencé á pensar en Sonia Valakhine. Es extraño,—decía entre mí,—que, enamorado como estoy, me haya olvidado por completo de ella. Es preciso que la recuerde

siempre. Y me puse á pensar en Sonia, como es posible hacerlo en un viaje, es decir, á intervalos, pero intensamente.

El resultado de mis reflexiones fué la necesidad, apenas llegado al campo, de tomar un aire triste y pensativo ante todas las personas de casa, y sobre todo ante Catalina, á quien juzgaba una experta concedora en la materia y á la cual había hablado ya alguna cosa del estado de mi corazón. Pero á pesar de mis esfuerzos para engañar á los demás y á mí mismo; á pesar del esmero con que procuraba imitar todos los síntomas que había observado en las personas enamoradas, al cabo de dos días, durante los cuales no recordé mi pasión sino á grandes intervalos (por la noche sobre todo es cuando recordaba que estaba enamorado), la vida del campo y el género diverso de ocupaciones, me hicieron olvidar del todo mi amor por Sonia.

Llegamos á hora avanzada de la noche á Petrovskoe, mientras yo dormía tan profundamente que no pude notar que pasábamos bajo la alameda de los abedules. Todos los de casa estaban en la cama. El viejo Phoca vino á descorrer el cerrojo de la puerta y á abrirnos, descalzo y con una luz en la mano. Estaba encorvado é iba vestido con una especie de camisa de mujer. Al vernos tuvo un movimiento de alegría, nos besó en los hombros, se quitó apresuradamente el sombrero de fieltro y se fué á vestir. Aun no estaba yo bien despierto cuando atravesé el vestíbulo y subí por la escalera, pero al llegar á la antecámara, cuando volví á ver la cerradura con el picaporte, el antiguo candelabro cubierto de cera como en otro tiempo, las sombras oblicuas formadas por la candela que Phoca había encendido; la doble ventana que no se abría casi nunca y que estaba eternamente recubierta de polvo y al otro lado de la cual recordaba que había un serbal; todos aquellos objetos que me eran tan familiares y que encerraban para mí tantos recuerdos, tan unidos entre sí, tan bien asociados en un solo pensamiento, sentí de pronto

en mí la caricia de aquella vieja casa tan querida. Me pregunté involuntariamente como habíamos podido la casa y yo permanecer alejados por tanto tiempo uno de otra, y me apresuré mirar si las demás habitaciones estaban en el mismo estado de antes. No había nada cambiado; sólo se había vuelto todo más pequeño, más bajo, y á me parecía que yo era más alto, más torpe, más grosero. Tal como era, la misma morada me abrió con alegría los brazos, cada mesa, cada ventana, cada escalón, cada pequeño rumor promovía en mí una multitud infinita de imágenes, de sentimientos, de recuerdos de aquel feliz tiempo pasado que ya no volverá más.

Entramos en la habitación donde dormíamos cuando pequeños; todos nuestros miedos infantiles estaban allí, escondidos en los oscuros rincones y en los vanos de las puertas. Atravesamos el salón en donde aún se respiraba el amor maternal con su dulzura tranquila y todos los objetos estaban como inundados en ella. Pasamos por la sala en que se sentía aún la alegría ruidosa y descuidada de la infancia que no deseaba otra cosa que el ser despertada de nuevo. En el saloncito en que nos hizo entrar Phoca y en donde nos había dispuesto las camas, todo, desde el espejo y los biombos hasta las desigualdades de las paredes cubiertas de papel claro, todo nos hablaba de dolores de muerte, de lo que ya no volvería más.

Nos acostamos y Phoca se fué después de habernos dado las buenas noches.

—¿No es en esta la habitación donde murió mamá?— preguntó Volodia. Fingí dormir y no respondí. Si hubiese hablado, no habría podido contener el llanto.

Cuando por la mañana me desperté, papá con bata y zapatillas bordadas y con un cigarro en la boca estaba sentado en la cama bromeando y riendo. Al verme abrir los ojos se levantó apresuradamente con el *tic* del hombro y vino á darme palmadas en la espalda con su manaza, aplicando su mejilla á mis labios.

—¡Muy bien! me alegro infinito, señor diplomático,— dijo con un mohín algo burlón que le era habitual y fijando en mí sus ojillos brillantes.— Volodia me dice que has salido muy bien de tus exámenes, bribonzuelo; está muy bien. ¡Tampoco tú quieres ser un holgazán! ¡te has empeñado tú también en ser un buen muchacho! ¡Gracias, querido mío! Ahora procuraremos divertirnos aquí y el invierno que viene iremos á Petersburgo. Desgraciadamente, se acabó la temporada de caza; si así no fuera, os hubiera hecho pasar bien el tiempo. Tú, Volodia, podrás ir á dar una vuelta con tu escopeta; hay muchas aves de paso é iré también contigo.

Este invierno, si Dios quiere, iremos á Petersburgo, donde trataréis con algunas personas de la alta sociedad y encontraréis buenos amigos. Ya sois dos hombrecitos y ahora, como estaba diciendo á Volodia, mi tarea ha concluido. Os he puesto en camino, y podéis adelantar por él, vosotros solos. Cuando me lo pidáis, os aconsejaré y os dirigiré. Ahora no soy para vosotros más que un amigo, pero quiero serlo siempre; seré vuestro buen amigo, vuestro compañero dándoos buenos consejos cuando se presente la ocasión... y nada más. ¿Qué dice tu filosofía, Nicolás? ¿Eh? ¿Está bien ó nó?

Naturalmente respondí que todo iba á las mil maravillas, y esto era lo que pensaba. El papá aquel día estaba encantador; ¡tan contento y tan feliz parecía! Las nuevas relaciones que establecía conmigo, aquella manera misma de tratarme como á un igual, como á un compañero, me impulsaban á amarle más aún.

—Pues bien, cuéntame lo que has visto. ¿Y los Ivine? ¿has visto á ese buen hombre? ¿qué te ha dicho?—continuó papá.—¿Has ido á casa del príncipe Ivan Ivanovitch? Estuvimos mucho tiempo charlando sin vestirnos, tanto que el sol bastante alto no tocaba ya nuestras ventanas. Vino Jacob (aunque viejo, agitaba todavía los dedos de-

trás de la espalda) y anunció á papá que la carretela estaba pronta.

—¿Dónde vas?—le pregunté.

—¡Ahl se me olvidaba,—dijo tosiendo y con su *tic* del hombro, cierto *tic* que indicaba contrariedad esta vez.—He prometido ir hoy á casa de los Epipane. ¿Te acuerdas de «la hermosa flamenca» que venía á visitar á mamá?—Son buenas personas;—y papá salió moviendo su hombro en aquel momento el *tic* revelaba su confusión.

Apenas salió me apresuré á vestirme con mi uniforme de estudiante y me fuí al salón. Volodia, por su parte, no se dió prisa y se quedó hablando un rato con Jacob de los parajes buenos para cazar chochas y cercetas. Nada le fastidiaba más que los afectos de familia y manifestaba una frialdad tal, que admiraba á quien no conocía la causa. En la antesala encontré á papá que se dirigía con paso corto y rápido á la escalera. Vestía levita nueva de Moscou y andaba muy perfumado. Al verme, me hizo una seña con la cabeza como para decirme: ¿Ves que lindo estoy? mientras yo me quedé admirado de la expresión visívima de sus ojos.

Nada cambiado noté en el salón. El antiguo piano de cola de madera amarillenta continuaba en su sitio, en el punto más claro de la habitación. Las grandes ventanas, abiertas como en otro tiempo, ofrecían la misma vista risueña de los grupos de árboles y de las veredas de arena rojiza del jardín. Besé á Mimí y á Liubotshka, y me acerqué á Catalina para hacer con ella otro tanto, pero me acordé á tiempo de que no era conveniente, me detuve, callé y me puse como la grana. Catalina sin la menor cortedad me tendió su blanca mano y me felicitó por mi entrada en la Universidad. Cuando entró Volodia se repitió la misma escena. Era en verdad difícil después de habernos criado juntos, y habernos visto todos los días hasta la época de nuestra primera separación, hallar el modo de saludarnos al volvernos á encontrar. Esta vez fué Catalina

la que se ruborizó en tanto que Volodia, sin el menor embarazo se inclinó ligeramente ante ella, después de lo cual bromeó un momento con nuestra hermana y se fué á paseo.

CAPITULO LXVIII

Nuestras relaciones con las muchachas

Volodia tenía ideas muy originales respecto á las chicas de casa; tenía interés en que comiesen y durmiesen bien, en que vistiesen siempre con elegancia, que no cometiesen errores al hablar en francés (se avergonzaba mucho cuando en presencia de extraños se cometían algunos errores en francés;) pero no se le ocurrió nunca que las muchachas podían pensar ó sentir como él y menos aún admitía que se pudiese hablar con ellas de cosas serias. Cuando le dirigían una pregunta de cierta importancia (lo que ellas trataban siempre de evitar al hablarle, preguntándole por ejemplo su opinión sobre una novela, ó le interrogaban sobre sus tareas en la Universidad, les hacía una mueca y se iba, ó bien respondía con una frase incompleta en francés: «*Comme si trois jolis*, etc., ó tomaba un aspecto grave y necio pronunciando con mirada vaga una palabra cualquiera que no tenía la menor relación con la pregunta; *panecillo*, *col*, etc., ú otra palabra semejante. Cuando yo le repetía lo que habían dicho Liubotshka y Catalina, no dejaba nunca de responderme:

—¡Hum! ¿todavía te entretienes en hablar con ellas? Vaya, ya veó bien que nunca se podrá sacar partido de tí.

Era preciso verle y oírle para medir el profundo desprecio que se contenía en aquella frase. Hacía dos años que Volodia se consideraba como mayor y empleaba el tiempo en enamorarse de todas las mujeres hermosas que veía. Aún cuando veía á Catalina todos los días y ésta llevaba desde hacía dos años vestido largo, embelleciéndose

más cada día, ni siquiera se le ocurrió un momento el enamorarse de ella.

Esto dependía quizá del hecho de que los recuerdos prosáicos de la infancia, la disciplina de nuestro preceptor, nuestras simplezas, etc., estaban aún impresas en su memoria ó bien procedía de la aversión que sienten los niños hacia las chicas que forman parte de la familia, ya que no de esa debilidad que tenemos todos al encontrar con la belleza y la bondad en el camino, de seguir adelante pensando: «¡Oh encontraré tantas como ésta en la vida!» Cualquiera que fuese la razón de ello, Catalina no era aún para Volodia una mujer.

Durante todo el verano Volodia se aburría de un modo evidente y su fastidio procedía del desprecio que le inspirábamos desprecio que no se tomaba el trabajo de ocultar. Su rostro parecía decirnos continuamente: «¡Ah, cómo me fastidio! ¡y no tener siquiera una persona con quien cambiar dos palabras!»—A veces salía por la mañana con la escopeta, otras veces se quedaba en su cuarto leyendo y no se vestía hasta la hora de comer. Si papá no estaba en casa traía el libro á la mesa y continuaba leyendo sin hablar con nadie, lo que nos hacía pensar que tal vez le habíamos ofendido. Por la noche se tendía en el diván del salón y dormía con la cabeza apoyada en una mano, ó bien se entretenía en decir bobadas que no siempre eran decentes, y que a veces sacaban á Mimi de sus casillas. Entonces enrojecía de cólera y nosotros nos desternillábamos de risa. Volodia no se dignaba nunca hablar en serio, á no ser con papá y alguna vez conmigo.

Yo imitaba sin querer á mi hermano en su manera de tratar á las muchachas, pero no incurría como él en la exageración de no darles la menor muestra de afecto, pues mi desprecio no tenía raíces tan profundas como el suyo.

Traté varias veces durante el verano, cuando me fastidiaba, trataba de emprender una conversación seria con

Liubotshka y Catalina, pero siempre concluía por inquietarme á causa de su incapacidad de seguir un razonamiento y de su ignorancia sobre las cosas más sencillas y conocidas.—Ignoraban, por ejemplo, qué es el dinero, qué es lo que se aprende en la Universidad, qué representa la guerra, etc., etc.—Me afligía su falta casi absoluta de curiosidad por todas estas cuestiones, y así, mis tentativas no daban más resultado que el confirmarme más en mi mala opinión.

Me acuerdo de que una noche Liubotshka repetía por centésima vez en el piano un pasaje fastidioso. Volodia dormitaba en el diván del salón, y de cuando en cuando sin dirigirse á nadie murmuraba con ironía: «Anda, ¡torpe!... qué mamarracho!... ¡Qué batiburrillo!.. ¡muy bien!... ¡otra vez!... ¡Ah! ¡vuelta á lo mismo!...» etc. Yo estaba con Catalina en la mesa del té y no me acuerdo cómo acaeció que ella hizo recaer la conversación en su tema favorito: el amor. Tenía deseos de filosofar y empecé á definir el amor con gran énfasis: Amor es el deseo de encontrar en otro lo que nos falta á nosotros mismos. Catalina me respondió que por el contrario cuando una joven sin bienes de fortuna quiere casarse con un hombre rico no está ni con mucho enamorada, pues, según ella la riqueza era lo menos importante en el mundo, y que el único amor verdadero era aquel que resistía á la distancia y á la separación (comprendí que aludía á su simpatía por Dubkof) Volodia, que nos escuchaba seguramente, se alzó de pronto sobre los codos y en tono interrogativo lanzó una de sus frases insolentes.

—¡Siempre la misma necedad!—dijo Catalina.

No pude menos de pensar que Volodia tenía razón.

Aparte de las facultades comunes á todos los hombres y más ó menos desarrolladas en cada individuo, por ejemplo, la sensibilidad y el sentido artístico, existe una facultad más ó menos desarrollada en cada clase de personas, y particularmente en cada familia, facultad que llamaré

comprensión. Su esencia consiste en aplicar á las cosas una misma medida común y en considerarlas desde el mismo punto de vista arbitrario. Dos personas de la misma clase ó de la misma familia dotadas de esta facultad, no traspasarán nunca cierto límite en la manifestación de un sentimiento, porque más allá de esta medida la una y la otra persona encontrarían en vosotros un segundo sentido, una intención oculta. Lo notan á tiempo cuando el elogio se convierte en ironía y la expansión tiene algo de hipócrita, y en cambio una persona extraña podría juzgarlo de un modo diferente. Las personas dotadas de la misma comprensión ven las cosas bajo el mismo aspecto, bien sea ridículo, bien hermoso ó feo, y para facilitar este, acuerdo adoptan un lenguaje peculiar, giros y frases especiales y hasta palabras que expresan finísimos matices de ideas que no pueden comprender los demás.

En nuestra familia había un acuerdo perfecto entre papá Volodia y yo; Dubkof se había dejado llevar de la misma corriente, y Dmitri, aunque era mucho más inteligente, no nos comprendía porque no tenía aptitud para ello. Pero entre Volodia y yo este acuerdo, esta comprensión mutua era extraordinaria, á causa sin duda de que habíamos crecido en circunstancias idénticas. Papá mismo distaba mucho de hallarse á nuestra altura y no comprendía una porción de cosas tan claras para nosotros como que dos y dos son cuatro.

Por ejemplo, Volodia y yo habíamos adoptado—Dios sabe por qué—estas palabras: *pasa*, que quería decir el deseo vanidoso de ostentar riquezas; *giba* quería decir algo fresco, sano, elegante pero sin degenerar en cursi etc. Por lo demás en el sentido de las palabras influía mucho la expresión del rostro y el conjunto del discurso; tanto, que si uno de nosotros inventaba una palabra para expresar un matiz imperceptible, el otro la comprendía en seguida.

E las carecían de esta habilidad, y de aquí la causa pri-

mera de la barrera moral que las separaba de nosotros y de ahí también el desprecio que sentíamos por ellas. Acaso se comprendían entre sí, pero esta comprensión no se avenía con la nuestra, y se sentían inclinadas á ver un sentimiento en lo que nosotros llamábamos modos de decir, ó tomaban por lo serio lo que nosotros decíamos irónicamente.

Entonces no pude conciliar esta insuficiencia con el hecho de que fuesen inteligentes y buenas, y las despreciaba. Además como era muy escrupuloso en materia de sinceridad, y en lo que me concernía llevaba estas cosas al último límite, acusé á Liubotshka, tan tranquila y tan confiada, de socarrona y suspicaz é hipócrita, porque no comprendía la necesidad de indagar y analizar todos sus pensamientos y todas las oscilaciones de su espíritu. Por ejemplo, Liubotshka tenía la costumbre de hacer todas las noches la señal de la cruz sobre papá; ella y Catalina lloraban en los funerales dedicados á mamá; Catalina suspiraba y ponía en blanco los ojos cuando tocaba el piano: todo esto me parecía el colmo de la hipocresía y me preguntaba en donde habían aprendido á fingir como las personas *grandes* y porque su conciencia no las acusaba de ello.

CAPITULO LXIX

Mis ocupaciones

A pesar de todo, empleaba el tiempo con las señoritas mucho más que en los años anteriores, á causa de una gran pasión que sentí entonces por la música. Durante la primavera habíamos recibido la visita de un jovencito, vecino nuestro, que, apenas entró en la sala, se puso á mirar el piano, y mientras hablaba con Mimi y Catalina se fué acercando poco á poco á él. Después de haber hablado del tiempo y de los atractivos del campo, empezó brusca-mente á hablar de música y de piano; dió á entender que